



tagines que pelea á la cabeza de mercenarios de todas las naciones, y que es el héroe del mundo, atravesar la España, la Galia, la Cisalpina, franquear los Pirineos, los Alpes, los Apeninos, herir á su formidable enemigo por los repetidos golpes del Tesino, de Trebia, de Trasimeno. En Cannas se diría que envuelve y hiere de muerte á toda la república romana. Entonces reúne en su derredor á España, Macedonia, el África. Pero Cartago le abandona, sus aliados hacen la paz ó se someten, su misma patria es amenazada. Aníbal, al abandonar á Italia, deja libre á Roma, que oprimía con su brazo de hierro.

Una vez libre, toma nuevo aliento, y ya la batalla de Zama decide la derrota particular de Cartago.

Desde este momento Roma venció. Los pueblos aparecen separados, y cada pueblo caerá tan pronto como ella le toque con el dedo. No podían hacer resistencia sino reuniéndose.

La reunión fué intentada todavía por Aníbal. Pero Egipto, Ródas y Pérgamo hicieron defección; Macedonia, los griegos y la Siria atacaron sucesivamente; no pudieron resistir las legiones y recíprocamente contribuyeron á su propia derrota. Por encima de estas divisiones aparece Aníbal: nada le desespera; pero es abandonado por uno, otro le entrega. Los reyes se glorían con el título de libertos del pueblo romano (1).

La conquista se difunde entonces por todos los puntos.

En España el genio invasor de Roma lucha hasta en los montes ibéricos con la nacionalidad española. En Galia, los galos y los kimris ven descender de los Alpes estos enemigos extranjeros, á quienes llama el extranjero Masalia, y ponen el pié en su territorio, para no retirarle de él más.

Egipto obedece á los consejos romanos. La Siria, rechazada de la Grecia, de quien quiso hacer su campo de batalla, y herida cerca

(1) Véase en el capítulo de Roma el papel de Prusias, rey de Bitinia. Corneille trazó históricamente el carácter de este pobre príncipe en su bella tragedia *Nicomedes*, y todavía no le presentó bastante vil.

del Tauro, se arrastra en una larga y dolorosa agonía. La persecución de los macabeos, sublevando el *fuerte de Israel*, que restablece la independencia judía, da fin al débil imperio de los seleucidas.

Alrededor de Roma, el progreso es más rápido. Ni la gloria de Alejandro, ni su falange pudieron salvar la Macedonia. La Grecia, esclava desde que fué proclamada su aparente libertad, el África cartaginesa, á pesar de su energía, y la costa del Asia, son al punto reducidas á *provincias romanas*. Casi al mismo tiempo el águila somete ó destruye á Corinto, la ciudadela de la Grecia, á Birsá, la ciudadela de Cartago, á Pérgamo, primera columna del Asia, y Numancia, la ciudad heroica de Iberia.

Es necesario consignar aquí la política del Senado, que sujetó al mundo con más duras cadenas que la fuerza de las armas. Por medio de negociaciones, perfidias, corrupción, invadía primeramente los Estados. Teniendo la conciencia del éxito, dejaba obrar al tiempo. Cuando una vez enviaba sus legionarios, no era ya sino para promulgar oficialmente su ley.

Así el Senado, atacando á todos, abatió á unos en pos de otros. Nadie pudo mantenerse en guardia contra la fe romana. Cada uno se rendía ante alguna proclamación de libertad, como la Grecia, ó ante algún acrecentamiento de territorio, como Pérgamo. Los príncipes se dirigían á él, si les era permitido engrandecerse, á la sombra y en provecho de una dominación extranjera; y la libertad para las ciudades y los pueblos, era el yugo. Todo se presentaba maravillosamente á la despótica unidad, y al absoluto poder de la fuerza.

En este estado del mundo, las guerras no pueden ofrecer gran peligro ni gran interés. El resultado está escrito. En las tres partes de la tierra, un grupo de provincias está ya amarrado con cadenas; faltaba la segunda línea de resistencia, ¿y qué es lo que podía hacer?

Sostuvo sin embargo una encarnizada lucha. En África, la Numidia, temblorosa como el caballo del desierto, lucha largo tiempo contra el opresor.

En Asia, el jefe de las naciones del centro, las viejas razas asiáticas, Mitridates, se levanta



tó en vano á su cabeza, quiso remojar el Asia Occidental en la sangre de los romanos asesinados, y vencido, no sojuzgado, trazaba todavía su itinerario más allá de los Alpes. Por desgracia, mientras tuvo el poder no comprendió más que una política oriental; y había perdido sus recursos cuando la experiencia le instruyó y la idea de Aníbal iluminó el espíritu del anciano.

En Europa, la segunda línea no estaba todavía forzada en la Galia, y ya la tercera, desbordándose por este lado, impulsaba á los cimbrios y teutones más allá del Rhin, de los Pirineos, de los Alpes. Por todas partes pedían tierras, y por todas partes no encontraron sino el lugar de su sepultura.

Hé aquí lo que hizo el Senado. Mientras que él verifica estas conquistas el pueblo celebra el esplendoroso botín.

Roma triunfa por todas partes en el exterior. Al mismo tiempo que aniquila los países reducidos y les impone sus costumbres, su religión, sus vicios, recibe en su seno á los vencidos con sus costumbres, sus religiones y sus errores.

En esto hay también para ella un germen de muerte. Á medida que su poder se propaga y crece el número de los ciudadanos, suben á su colmo el lujo y la corrupción de las riquezas, la miseria y los sufrimientos de los pobres llegan al último grado. La dominación mixta de los poseedores que no son de la aristocracia ni del pueblo, se hace intolerable. Van á comenzar las turbulencias: dos hermanos dan la señal desde lo alto de la tribuna, y caen á los piés de los tiranos bajo el puñal; pero su sangre no fué infecunda. La voz de los gracos había reclamado el derecho de ciudad para Italia, y la Italia respondió con el eco de la guerra social.

Los tiempos avanzan. Apenas transcurrirá un siglo antes de la venida del Mediador que debe reconciliar la tierra con el cielo. Grandes ejemplos demuestran entonces por todas partes lo que es el poder humano, cuando Dios no está en ninguna parte.

Tres principios y tres hombres triunfan sucesivamente en la ciudad y en el mundo. Ma-

rio remueve todos los odios, todas las viles ó sangrientas pasiones de la democracia; con él, asalta el poder, se revuelve en los más asquerosos deleites, y muere por sus desórdenes y asesinatos.

Sila, á su vez, se hace el representante de la envejecida aristocracia, vivificada de nuevo en los campos, siempre astuta, siempre inflexible, siempre sanguinaria. Las proscripciones extienden la contienda que pudo ser contenida en el recinto de Roma; por las condenaciones, el destierro ó la huida, extienden la raza romana por todas las playas, y en todas partes fué tan conocido por la desgracia como por la tiranía. Por otra parte, en Roma y en Italia las tierras y las casas vacantes fueron ocupadas por los veteranos victoriosos, y la guerra civil, del mismo modo que la guerra extranjera, hizo también ciudadanos.

Apareció entonces Pompeyo. En lugar de la aristocracia y de la democracia, se estableció un partido medio, el partido de los ricos, de los poseedores, de los caballeros, que se dió á conocer con una increíble vanidad, y ostentó con Pompeyo su toga triunfal. Este partido despótico y sin grandeza es colocado á las puertas de su ruina por una conjuración de perdidos, y salvado por el glorioso consulado de Cicerón. Cuando César apareció en escena, no era ya cuestión ni de aristocracia, ni de democracia, ni de la bastarda raza de los caballeros. Allí no había más que corrupción y miseria; esto fué lo que triunfó. Roma es entregada entonces por dos veces al monstruo de tres cabezas llamado *triumvirato*. Cada uno de los tres tiranos no pensó más que en hacer de esta triple tiranía un escabel, primero de la dictadura, después del imperio. En medio de estas querrelas de dominación, la conquista no cesa todavía.

No falta que someter sino la Galia en Europa y el Egipto en África. Esta es la obra de César y de Octavio. Entonces un solo y único Estado se extiende desde el Eufrates al Océano, desde las arenas del África hasta el Rhin, el Danubio, las montañas del Cáucaso y del Tauro. Al otro lado de estas fronteras tiemblan los partos, los escitas y los germanos. Hé aquí los límites del mundo romano.



Entre el primer triunvirato y el principado de Augusto, tuvieron lugar muchos combates en la ciudad, muchas guerras civiles en el imperio, muchos asesinatos y proscripciones por todas partes. El senado no es más que una sombra y la república una palabra. En los campos de batalla, en donde los triunviros concluyen sus querellas entre sí ó contra sus enemigos, la lucha aumenta singularmente. Por tierra, el partido llamado republicano fué desde luégo vencido; por mar, adonde se refugió, el senado y la república murieron. Pero no es esto todo. El Oriente sacó la espada contra el Occidente; las naciones orientales rodearon á Pompeyo y Bruto, y se colocan también á las órdenes de Antonio. Véase entónces un ensayo de separacion, como se verificó tres siglos más tarde entre las dos partes del imperio. Por lo demás, en todos estos conflictos se mezcla la sangre de las naciones; las razas reunen sus costumbres, sus odios, sus religiones. Por las guerras civiles que introdujeron los pueblos en la república, así como por las proscripciones que habian extendido la república entre las naciones, se prepara la unidad.

El imperio romano fué verdaderamente un imperio universal.

No eran tales los imperios de Babilonia, de Asiria ó de la India: estas monarquías se resumen en paseos militares, sin influencia durable. El imperio de los Ramsés de Egipto tiene completamente el mismo carácter, como no fuera el centro, que era ménos oriental, y la marcha, que fué más regular. Á primer golpe de vista, podría creerse que el trabajo de unidad habia retrocedido bajo Ciro, porque entónces sólo el Oriente se encontraba reunido; pero no reunia sus fuerzas sino para atacar el Occidente. El Occidente se vengó de la conquista de Alejandro, y entónces desde la Macedonia hasta el extremo de la India no fué más que un imperio.

El imperio romano fué más occidental. Pero para ser considerado como universal, no hay necesidad que confundiese todas las naciones de la tierra bajo su espada: su influen-

cia se extendia por todas partes y dominaba por todas partes. Embajadores de la India y de la China fueron á adorar á Augusto. En el momento en que este poderoso monarca cerró el templo de Jano, daba la paz á todos y decidia de la suerte universal. El águila con sus extendidas alas daba sombra al mundo.

Ante este inaudito espectáculo, los hombres se admiraban. Cada cual estaba en expectativa.

Vagos ruidos corrian en Oriente, y envejecidas tradiciones se despertaban hasta en el fondo del Occidente. Todos los errores, todos los vicios, todos los crímenes tienen su representacion en la gran ciudad. Naturalismo de Oriente, egoismo de Occidente, sensualismo y orgullo, politeísmo en las masas, panteísmo en las inteligencias escogidas, es decir, disolucion completa: hé aquí lo que ha hecho el hombre por todas partes. Es tiempo de que la verdad descienda.

Esta verdad no puede ser un privilegio.

Roma ejerce su influencia sobre toda region; sin embargo, su conquista no es reconocida por todas partes, y además, fuera de su imperio se encuentran todavía muchas nacionalidades. Tampoco fué en Roma donde «el Verbo se hizo carne.»

En la extremidad del imperio romano hay un pequeño pueblo apenas subyugado, singularmente reacio al yugo, increíblemente despreciado de todos, y al cual confiscó el senado sin vacilar; pero su territorio no es inaccesible á los partos, y su poblacion se extendió en todo el Oriente así como en todo el Occidente. En medio de este pueblo judío, que despertado por los macabeos, volvió á caer insensible á los piés de los asmoneos, la verdad también no se presenta ya sino dividida en un infinito número de sectas y velada de humanas fantasías y de razonamientos filosóficos. Basta de ley, basta de profetas, basta de creyentes.

Dios se retiró y el hombre pudo ver adónde le conducen la razon, la fuerza y el genio: á las sombras y tiranías del paganismo.

CAPITULO III

El imperio á la muerte de Alejandro.—Los sucesores de Alejandro.—Mision de Alejandro.—Los dos reyes: Filipo Argendo y Alejandro Argus.—Distribucion de las satrapías entre los generales.—Regencia de Pérdicas.—La Grecia á la muerte de Alejandro.—Sublevacion contra la Macedonia.—Reduccion de la Grecia; muerte de Demóstenes.—Grandeza y caída de Pérdicas.—Nueva division de las provincias.—Regencia de Antipater y de Polispercon.—Libertad y toma de Aténas: muerte de Focio.—Olimpias; su lucha y su muerte.—Preponderancia de Casandro y de Antígono.—Liga contra Antígono.—Seleuco en Babilonia: era de los Seleucidas.—Matanza de la familia de Alejandro.—Guerra entre Casandro, Antígono y Ptolomeo.—Los generales de Alejandro se proclaman reyes.—Demetrio en Grecia.—Nueva liga contra Antígono.—Batalla de Ipsos.—Division del imperio de Oriente.—Ptolomeo en Egipto.—Seleuco en Babilonia.—Nueva lucha de Demetrio.—Sitio y toma de Aténas; invasion del Peloponeso; conquista de la Macedonia.—Pirro, rey de Epiro.—Demetrio en Macedonia.—Liga contra Demetrio.—Nueva division.—Muerte de Ptolomeo: fundacion de la dinastia de los Lagidas.—Seleuco en el Asia Central.—Guerra entre Seleuco y Lisimaco.—Victoria de Seleuco y su muerte.—Desmembracion definitiva del imperio de Alejandro.—Disolucion general.

FUENTES: Justino, lib. XIII. XV y siguientes; Diodoro de Sicilia, lib. XVIII. XIX y siguientes; Pausanias, *Atica*, *Elida*, *Fócida*; Plutarco, *in Eumene*, *Demetri*, *Pyrrho*; Polibio, lib. II, etc.; y entre los modernos, Vaillant, *Seleucidarum imperium*; Heeren, *Manual de historia antigua*; Saint Martin, artículos de los Ptolomeos, en la Biografía universal; Champollion-Fegeal, *Anales de las Lagidas*; Visconti, *Iconografía griega*; Poirson y Caix, *Compendio de historia antigua*; Daruy, *Historia de la Grecia antigua*, etc.

Alejandro ya no existía. Aquel hombre, que habia recorrido los confines de la tierra, y que se habia hecho señor de tantas naciones (1), se sintió turbado en su hora postrera, y dirigiendo entónces una mirada hácia el porvenir, comprendió los muchos desastres que su muerte prematura anunciaba para aquel tan vasto imperio.

Su familia, que la componian seis mujeres, enemigas por su posicion y de diferente origen, dos hombres, uno imbecil y el otro bastardo, eran incapaces de poderle suceder (2). La esperanza en el niño que Rojana llevaba en su seno era muy incierta; ¿y qué significaba además un tierno niño en la cuna en presencia de

(1) Macabeos I. 1, v. 1.

(2) Eran éstas: Olimpias, su madre; Cleopatra, Te-salónica, Euridices, sus hermanas; Statira y Rojana, sus mujeres; Filipo Arrideo, su hermano; y Hércules, bastardo de Alejandro.

tan vasta dominacion apenas establecida y no consolidada? La ambicion embozada de sus generales, hombres de arrojo, de valor y de intriga, estaba para estallar al rededor de la cama mortuoria solicitando con avidez la herencia del moribundo: «¿Á quién dejais el imperio?» le decian.

Los lazos con que momentos ántes tenian encadenado al mundo eran ahora muy débiles, y amenazaban romperse tan luégo como su mano dejara de sujetarlos. La ruina y la disolucion eran inminentes; á su consideracion se apoderó de su alma una grande desesperacion, y juzgando que sus amigos celebrarían su muerte con grandes combates, pronunció, ya casi sin ánimo, aquellas palabras que más tarde fueron nuevo germen de discordia: *El imperio para el más digno.*

El imperio debia quedar abandonado sin que nadie pudiera poseerle. ¿Quién, en efecto,